

La otra cara

David Barrenechea Ortiz



Image not found.

Capítulo 1

La otra cara

Antes de despertar por las noches, solía sentirme igual: como si hubiera abandonado un lugar acogedor, seguro y privado, una especie de "hogar" al que no volvería jamás. Un hogar que existió antes que mi matrimonio, que mi infancia, incluso que la concepción que me dieron mis padres. Un hogar que parecía ser anterior a toda mi vida.

Esta sensación era provocada por un sueño recurrente. Iniciaba conmigo contemplando la oscuridad de una caverna a mis pies y delante de mí, en medio de un páramo desértico y rocoso. El cielo estaba lleno de densas nubes rojas. Una especie de nevada rosa se precipitaba y cubría todo el suelo. Observaba los copos descender y desaparecer en la oscuridad de la caverna. Algo en esa oscuridad me atraía y fascinaba, algo que podía imaginar como una parte de mí mismo oculto en la caverna. Irremediablemente, seguía la sensación de ser contemplado por ese abismo provocando en mí inseguridad, miedo y finalmente desesperación. Convirtiendo el sueño en pesadilla.

Al despertar se apoderaba de mi un insano deseo de huir, desaparecer, abandonar el lugar y momento en el que me encontraba. Incluso llegaba a desear, como si fuera posible, arrancar mi ser de mi propio cuerpo. Mi única conclusión lógica era alejar la vista del suelo, como si dejara de contemplar la caverna que aparecía en mis sueños, hacia una dirección opuesta. Me dirigía a la ventana más cernana, levantaba la cabeza y contemplaba la luna: llena, cándida y radiante. La luna me atraía, como una potente luz a cualquier insecto. Casi podía sentir su fuerza gravitatoria secuestrando mi alma.

Las noches de luna llena eran el único paliativo que podía apagar mi desesperación después de la pesadilla. La infancia, los años de adolescencia y juventud que recuerdo, adolecieron de malas noches provocadas por mi pesadilla recurrente. La única mujer que amé y me amó, nunca fue capaz de opacar la luz de la luna.

No tengo claro en qué momento de mi vida comenzó, fue un cambio tan lento que no podría especificar un punto de quiebre. Me volví violento y la agresión verbal y física a quienes me rodeaban se incrementaba día tras día. Mi mente deseaba una cosa, pero mis acciones y mis palabras iban en otra dirección. Estaba seguro de estar volviéndome loco, antes de que mis acciones llegaran a matar a alguien, fuí internado en un manicomio.

Estuve encerrado casi un año y mi esposa me visitaba fielmente. La última vez que vino la agredí al morder su rostro, estuve a punto de

arrancarle parte de la piel, pero dos enfermeros me agarraron, me echaron sobre la cama de mi habitación y me sedaron. Mi intención era abrazarla, besarla y decirle que todo saldría bien, pero en vez de eso no dejaba de gritar palabras desconocidas y retorcerme para zafarme de los enfermeros. A uno le pateé y arranqué un dedo de un mordisco, antes de que el calmante me hiciera perder la razón.

La pesadilla seguía atormentándome, aún sentía la poderosa atracción de la luna, aunque ya no podía verla, y solo observaba el techo gris de mi habitación. Día a día seguí perdiendo el control de mi cuerpo. No dejaba de retorcerme, brincar, arrastrarme por el suelo y golpearme contra las paredes. Cada vez que intentaba gritar para pedir ayuda, de mi boca solo salían palabras extrañas, envueltas entre chillidos y tonos guturales. El movimiento y esfuerzo continuo me agotaba. Sentía dolor en mis músculos. En la clínica decidieron atarme a la cama, desde esa situación mi cuerpo se quedaba inmóvil en diferentes intervalos de tiempo.

Mis ataques cambiaron. Ya sea que estuviera quieto o retorciéndome involuntariamente en la cama, mis sentidos percibían un entorno diferente al que me encontraba. Presenciaba o formaba parte de las acciones de otros hombres y mujeres, de diferentes edades, que tampoco podían controlar sus cuerpos. En alguna parte del mundo alguien se alimentaba del cadáver de un perro que acababa de matar. Alguien más aplastaba personas mientras manejaba una camioneta. Otro arrancaba, con sus dientes, la piel de un anciano muerto. Alguien más se calmaba mientras observaba la luna llena. No solo eran personas, también experimentaba las acciones de algún animal, grande o pequeño, arrastrándose, andando, nadando o volando, cazando sin placer ni hambre aparente. Nos lamentábamos de los actos que no podíamos controlar, gritando frases con palabras extrañas, pero que parecían familiares. Buscando refugio en la visión de la luna y paralizados en la calma que provocaba su atracción. No importaba dónde y qué tan separados nos encontrábamos, todos compartíamos, en algún momento de nuestras vidas, la visión de la cara blanca de la luna. Esa luna, que de refugio visual pasó a convertirse en un obstáculo, se interponía ante nuestros ojos, que seguíamos la atracción de lo que realmente nos llamaba.

En uno de mis ataques reaccioné con una fuerza inhumana, fui capaz de estirar y aflojar las correas que me sujetaban, me escurrí entre ellas y me liberé. Agotado por el esfuerzo me desmayé en el suelo, y volví a ser transportado oníricamente a mi "hogar".

Estaba otra vez en aquel páramo desértico y rocoso. Ahora podía distinguir la composición de aquellas nubes rojas. Eran la acumulación de seres microscópicos suspendidos en la atmósfera. La nevada rosa que se precipitaba era una mezcla de excresencia y organismos que morían luego de su ciclo vital. Con mi vista en las nubes, mi consciencia terminó transportada al interior de la caverna. Me sentí afectado por la ponzoñosa

nevada rosa, que me debilitaba y no me dejaba pensar. De repente el tiempo se hizo imperceptible y los segundos que creí estar en esa caverna parecieron días, años, siglos. Tuve la sensación de que mi encierro en dicha caverna era la única realidad perceptible.

En algún momento comencé a recuperar mis fuerzas y a pensar con claridad. La nevada había disminuido su intensidad y las nubes se hicieron menos densas, filtrando una luz que llegaba desde el exterior del planeta. Decidí que no tendría otra oportunidad de huir, erguí mi cuerpo y me elevé desde el interior de la oscuridad. Salí volando velozmente de la caverna, abandoné el páramo desértico y rocoso, atravesé las nubes y la atmósfera. Mientras me alejaba de mi mundo pude sentir la radiación y la luz que mataba a los seres de las nubes rojas, provenían de una estrella que hace medio millón de años no se acercaba a mi planeta. Floté y volé por el espacio. Otra vez el tiempo se hizo imperceptible, en un viaje que pareció una eternidad dentro de mi sueño.

Llegué a un sistema planetario, atravesé una aglomeración de asteroides y mi enorme cuerpo despedazó algunos de ellos. Me dirigí violentamente hacia la estrella de ese sistema, me precipité y refugié en un cuerpo celeste cercano y, cansado por el viaje, perdí el conocimiento. Separé fragmentos de mí, que se dirigieron al planeta más cercano, permitieron a mi mente absorber los recuerdos de cientos de individuos de diferentes especies, cuyos cuerpos devoraron y replicaron. Mi consciencia, dividida en mis fragmentos, se perdió en una vida terrenal y vacía, que solo se llenaba cuando las mentes amnésicas de mis fragmentos contemplaban la luna llena. Pude coexistir y aparearme con los seres de este planeta, hasta estar seguro de que me servirían de alimento.

Echado en el piso de mi habitación, pude ver y sentir como el resto de mis fragmentos despertaban de sus falsas vidas y se fundían en un solo instinto. Todas las acciones incontrolables de nuestros cuerpos eran espasmos previos a mi despertar. Cada frase y palabra extraña que pronunciamos fueron intentos de remedar el lenguaje primario de mi ser. La supuesta locura que nos invadió era, en realidad, la recuperación de mi verdadera cordura. Todos los hijos, o brotes, que tuvimos eran parte de mí y crecieron en formas diferentes a cualquier ser vivo de este planeta. Mi último brote no esperó a salir del vientre de su portadora para crecer y alimentarse. Al fin toda mi mente y cuerpos convergieron en una misma consciencia, sepultando y extinguiendo poco a poco las asustadas y frágiles personalidades que me camuflaron por años. Nuestros cuerpos mutaban mientras levitábamos y destruíamos cualquier obstáculo físico cercano.

Mi verdadero cuerpo, el cual descansaba en la desértica y oscura cara oculta de la luna, comenzó a reaccionar. El miedo y desesperación a nivel

humano, se convertiría en hambre y soledad a una escala planetaria.

Nos elevamos, destrozamos nuestras envolturas carnales y atravesamos la atmósfera, mientras contemplamos la luna llena, cándida y radiante. Observamos, lo que parecen ser, descomunales patas de insectos rodear a la luna desde su lado oscuro. Con mis extremidades, unidas por oscuras y sanguinolentas membranas, aprisiono al satélite. Lo que queda de mis falsas consciencias ven con horror una especie de "mano" monstruosa con cientos de deformes falanges y orificios dentados en la palma, destrozando la luna. Los pedazos del satélite son atraídos por la gravedad de la tierra y pronto se precipitan hacia ella. Mis fragmentos se fusionan y complementan mi consciencia. Expulso, con gran potencia, cuerpos viscosos y tóxicos, los cuales caen con meteórica velocidad sobre el planeta, infectando y debilitando cualquier estructura o ser vivo que me pueda servir de alimento.

Finalmente, he despertado.

DV